

Instantáneas.

REVISTA SEMANAL DE ARTES Y LETRAS



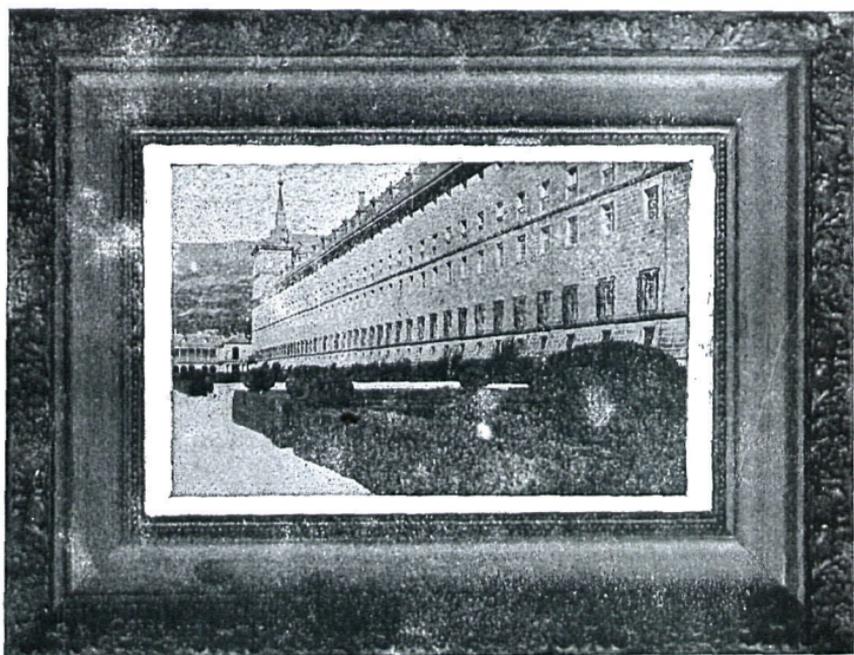
CARMEN LUQUE
Notable bailarina Española

LANGA Y COMPAÑIA, IMPRESORES

15 CÉNTIMOS

Año II.—Núm. 64

Fábado 23 de Diciembre de 1899



MADRID-ESCORIAL.—Patio de los frailes



Una verdad

Quando estaba colérico don Bruno
Se arrancaba los pelos uno á uno;
Y quando estaba alegre don Torcuato
Se mordía la punta del zapato.
Lo que nunca se ha visto, es un valiente
Que se tire bocados á la frente.

L. CAMPOAMOR Y NUÑO.



SEVILLA.—Feria de ganados



COSTUMBRES MADRILEÑAS

*Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me quiero emborrachar.*

Con tambores y rabeles,
almireces y panderas,

va por calles y por plazas
la zambra populachera.
No es vicio lo que publican,
que son costumbres añejas,
y hay que seguir las costumbres
del pueblo, al pie de la letra;
y entre voces de entusiasmo
cantan coplas picarescas
y, alegres, pasan la noche,
porque al fin es Nochebuena
y se imponen los excesos
y abundan las borracheras
y, entre canciones y tragos,
van de taberna en taberna
repitiendo el estribillo
de la copla madrileña.
Ni la helada les asusta,
ni la nieve les molesta;
pisando en la blanca capa,
grabadas dejan sus huellas
y en el silencio nocturno,
su voz, más fuerte resuena:
es el canto de la orgía,
la bacanal y la juerga;
es el pueblo que ha robado
horas de sueño y de penas
para cantar por las calles
los placeres de la fiesta.

La Nochebuena termina
y la Navidad empieza,
y á la luz ténue del alba,
en sus caras descompuestas
se ve el cansancio y el frío,
pero aún migajas les quedan
y aún va por calles y plazas
la zambra populachera
con paso no muy seguro
y no muy bien sus cabezas,
y con ronca voz cantando
se oye un eco que se aleja
y, débilmente, se escucha
sordo ruido de panderas
que acompaña al estribillo
de la copla madrileña.

ANTONIO CASERO

La Noche-buena en las calles.

PORTUGAL

I

...En las casas aletea el amor, el templado amor de la familia, entre las risas de los pequeñuelos, los suspiros de las hijas enamoradas y las blandas caricias de los padres. ¡Noche en que se festeja todo un año de sinsabores, en que la casa toda se aquieta y se solaza de los pesares de todo un año! ¡Noche-Buena, noche del hogar; horas de quietud y de holganza deliciosas en que el rumor de las calles y el frío de los campos hace estrecharse y arrinconarse á los padres y á los hijos!... Horas de suprema piedad en que todo se olvida; resquemores y suspicacias, celos inmotivados, quejas sin justificación... Todos los íntimos poemas que vibran en los más apartados rincones del alma, se van esfumando lentamente. Los corazones se purifican; sale la risa á los labios y el amor asoma á los ojos... ¡Oh, y cuán dichosos y felices los que en el hogar hallais el confortante rincón donde el alma se alivia y se consuela!... ¡Oh, y cuán favorecidos por la suerte, los que os dormís en el propio lecho y os sentís arrullar por las canciones de los ángeles, que en los aires cantan la buena nueva: *Gloria in excelsis Deo! Et in terra pax nominibus bona voluntatis!*



Paisaje de Foz do Douro.

Inst. de H. D'Araujo.



...También son piadosas las calles, las frías y silenciosas calles con sus casas «quietas, dormidas y sus faroles tiesos é inmóviles como petrificados centinelas».

Los riles de los tranvías brillan como tiras de acero bruñido; en las muestras de las tiendas, parece que las letras quieren juntarse unas á otras, para resguardarse del frío de la madrugada. Pasa un coche, trotando penosamente, y una silueta de mujer se mueve detrás de los cristales; los guardias, arrebujaos en sus capotes, «bailan» para entrar en calor, maldiciendo el servicio que los arrebatara de sus casas en noche como ésta.

En las calles del centro, el gentío de la hampa y de la miseria, vocea y grita, llevando de taberna á taberna la alegría de la canalla. Se ven mujeres frenéticas, con la calentura del alcohol en la sangre, agarradas á obreros tristonos y sombríos, que quizá dejaron el hogar honrado para lanzarse á la borrachera... Y suenan zambombas y almireces...

Mezclados con esos grupos de gentuza, van—sin propósito, sin objeto, por ir—esas otras gentes sin hogar: empleados, militares, estudiantes, dependientes de comercio, toda la gente maleante de la clase media, á quienes la soledad de las casas de huéspedes echó á la calle en mezcolanza de hombres sin calor en el alma.

También beben y gritan hasta enronquecer, llevando el corazón partido por aquel dolor dantesco:

*«Nessun maggior dolore
che ricordarsi di tempo felice...»*

II

Hacia las calles solas de los barrios, me llevan mis amores de poeta. Siento un inenovable deseo de respirar á mis anchas, de vivir «yo, conmigo,» lejos de la turba alocada, á espaldas de la alegría de los otros y cara á cara con mi tristeza indecible.

¡Noche-Buena!...—Mis recuerdos danzan como las hojas crujientes que arrastra el viento frío. En la apartada calle, quieta, silenciosa, sombría, paseo mi soledad ante los esqueletos de los árboles, ante las fachadas de las casas, que reposan en la penumbra, mirando los blancos luceros que esmaltan el ropaje azulino de la noche.

Evoco mis ansias de niño, mis sueños de los quince años, mis pesadillas del colegio, mis calenturas de las noches ante la reja.—Aquellos muchachos que conmigo jugaban en las eras del pueblo; aquellos sacerdotes, serios y graves, con sus blandranes de luto, que me llevaban por los claustros fríos del seminario; *aquella*, la única, la sola mujer ante la cual recé, temblando, mi primera oración de amores; mis amigos y mis enemigos, los que me ayudaron y me escarnecieron, á los que quiero aún y á los que odio todavía, todos, todos acudieron á mi memoria: á todos los ví,—sus caras, sus trajes, sus maneras—con todos hablé;—oí el «timbre,» la entonación, la voz misma de todos y de cada uno—y ¡ay!... los que no descansan en un hoyo piadoso de la tierra, reposan en su hogar, al calor de los suyos, y duermen en su lecho, al amor de los que los quieren...

Yo..

III

Una pandilla rezagada de hombres y mujeres que armaban estrépito con zambombas y panderetitas atravesó la calle solitaria, caminando aprieta hacia la saturnal que en Madrid rebullía. Yo seguí con los ojos el grupo de locos felices y los ví perderse á lo lejos, calle de Alcalá arriba, hacia la Puerta del Sol.

De pronto, una chiquilla guiñaposa, desgredada, vino á mí con el hambre en los ojos, y el temor en la palabra suplicante.

Hablamos.—Ya ve usted... Noche-Buena, y me veo en *mitá* del arroyo, *heláa* de frío...—Señorito, por Dios, déme usted algo...—?

Entonces no hablé yo, no hablé como hombre; habló mi alma, mi pobre alma habló *toda entera*, con su voz de piedad y de amor.—¿Quieres venir á mi casa?... Anda, ven conmigo.

Echamos á andar.—La chicuela volví la cara con temor; yo ví que no se puso contenta, noté que casi le había desagrado mi acción generosa.

Al fin pude comprenderlo. Siguiéndome, pegado á la pared, de puntillas, sin meter ruido, con todo el sigilo de un ladrón, advertí á un hombre.

Volví de pronto la cara; era recio, ancho, barbudo, con el sombrero á la cara, con aire de criminal y borracho.—Me lo dijo cínicamente:—No se va *éaa*, ¿sabe *usté*? porque *entavía* no ha *juntao* ni tres duros, la muy... Y ya *usté* ve, ¿qué son tres duros *pá* una Nochebuena?...

Me lancé al borracho, que se tambaleó á mi arremetida; cogí su cuello recio y cerdoso y apreté.—La muchacha gritó, llena de miedo:

—*¡Que es mi padre!*...—Y entonces dí á correr como un loco... calle abajo...

CRISTÓBAL DE CASTRO

¡LOTERÍA DE NAVIDAD!
¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



¡Oh, un verdadero capital en el casino
y en el club!



ALCAÑIZ: Fachada de la Colegiata de Santa María la Mayor.
Inst. de A. Martos.

À nuestros lectores.

En el presente número comenzamos á implantar algunas de las reformas que habíamos prometido á los lectores de INSTANTANEAS, y, á contar desde hoy, las cubiertas de nuestro semanario irán estampadas por el procedimiento TRICOLOR, resultando así las portadas de INSTANTANEAS magníficos cromos, cuyo mérito sabrán apreciar nuestros lectores, y con los que los aficionados á coleccionar curiosidades podrán formar una magnífica y completa galería de hombres y mujeres célebres, y de cuantas personas se hayan distinguido en las ciencias, las letras y las artes,

Además de mejorar la parte artística, procuraremos que el texto de INSTANTANEAS lo formen trabajos autorizados con las firmas de los mejores literatos ya conocidos, y con las de aquellos otros que por sus méritos descuellan entre la juventud literaria española.

Estas y otras reformas que implantaremos inmediatamente, harán que nuestra Revista sea la más interesante de España, pues en nada ha de desmerecer de las demás por su lujo y esmerada confección y por la actualidad y mérito de sus trabajos.

La Empresa de INSTANTANEAS, que sólo aspira á complacer al público, que tanto favor le dispensa, sin reparar en los sacrificios que llevan consigo estas reformas, quiere que nuestro periódico sea *el más barato de España*, y por este motivo INSTANTANEAS costará, como hasta aquí

15 céntimos número.

LA NOCHEBUENA DE PITORRO

En casa del tío Pitorro,
se encuentran de sobremesa
varios parientes y amigos
el día de Nochebuena.
Después de cenar á gusto
y calentar las cabezas
con buen anís de Belchite
y mosto de Cariñena,
y de discutir á gritos
si Belén *cae* por La Muela,
ó si el Niño Dios nació
á dos leguas de Alcoceza,
se trasladan al hogar
que tiene amplia chimenea
y en el que, según costumbre,
arde gran montón de leña.
Pitorro, el banco de un lado,
ocupa con su *parienta*;
el de enfrente, con su novio,
ocupa su hija *Josefa*;
y las mozas y los mozos,
los chicos y las abuelas,
formando apretado grupo,
cerca del hogar se sientan.

* *

—Pero, ¿habéis templao, ú qué?
¡A ver! ¡Venga esa vihuela!
porque no sabís templar
un vaso de agua. Si fuera
yo mózo como vusotros,
¡recristina! pué que ardiera
la tinaja. ¡Venga jota!
pero que toque el que entienda.

Da Pitorro el instrumento
á un mozo que lo rasguea;
suenan alegres acordes
de la jota aragonesa;
se alegra la gente joven
y baila, y canta y vocea;
meten más zambra los chicos
con zambombas y panderas;
rendidas por los rincones
dormitan ya las abuelas
y mientras tanto, Pitorro,
en el banco se recrea
viendo bailar y bebiendo
buen trago de Cariñena.

* *

—¡Alto ese baile! ¡Alto hi dicho!
qu'hi visto cosas muy feas.
¡Cuidadico lo que hacís
con las güeltas y regüeltas,
pues veo que esas garricas
no andan con mucha limpieza,
y sus pegais al percal
como á la paré la hiedra.
Y tú, Josefa, á ese banco,
donde te tenga bien cerca;
porque tienes el morriço

más blando que la manteca,
y en cuanto t'echas dos bailes
con ese cara de jeta,
pierdes la vista, el sentido,
el compás y... la vergüenza.
Conque, que no haiga qu'hacer
otra vez esta advertencia,
porque, si yo me enfurruño,
vais á ir todos de cabeza.
Echar, pues, otro traguico
y que siga en paz la fiesta.
Vusotros, beber anís
mientras sus cumpla y convenga,
y vusotras, Chaparriau,
que es bebida mucho güena,
hecha con licor, del fino,
y arroje de la cosecha.

* *

Pitorro otra vez el vino
de su bota saborea,
eben las mozas y mozos,

¡LOTERÍA DE NAVIDAD!
¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



—*M. nda un número mu arto pa lo que
caiga.*



VALENCIA: Plaza del Mercado.

Inst. de Gustavo Hollemaert.

aumenta el ruido y la gresca,
 suenan con mayor estrépito
 las zambombas y panderas,
 y de nuevo los acordes
 de la alegre jota suenan.
 Empieza otra vez el baile:
 uno canta, otro vocea,
 aquel rompe una zambomba,
 este toca una pandera,
 el de aquí rompe unos platos,
 el otro tira una mesa,
 por todas partes jolgorio,
 desorden y... borrachera.
 Todos cantan, todos gritan,
 todos bailan y vocean
 y todos meten .. la pata
 en las vueltas y revueltas.

Pitorro, al ver este cuadro,
 se pone como una fiera,
 pues la sangre... y el alcohol
 se han subido á su cabeza
 y, saliendo de su banco,
 rompe zambombas, panderas
 y empieza á dar estacazos
 sin mirar en dónde pega,
 y en menos de dos minutos
 despeja toda la escena
 gritando:—«Del tío Pitorro
 ninguno se pitorrea.»

Después empuña la bota,
 apura el vino que queda,
 y se va *derecho* al catre...
 á dormir la *trenzadera*.

A. MELANTUCHE.

EL ARBOL DE NAVIDAD

El Nacimiento es en España una institución clásica.

Desde tiempos inmemoriales el peñasco de corcho, grande ó pequeño, ha sentado sus reales—ó por mejor decir, sus vertientes escarpadas, hasta lo inverosímil y plagadas de anacronismos deliciosos—en todos los lugares donde se ha encontrado para festejar al niño que nace entre pajas, un niño que ríe entre caricias.

Nosotros, y nuestros padres, y nuestros abuelos, todos nos hemos extasiado delante de aquel portal, á veces cerrado por artística (!) reja de alambre plateado; ante aquellos Reyes Magos que vienen de Oriente haciendo con sus camellos equilibrios imposibles, sobre las montañas cubiertas, á un tiempo mismo, de musgo, de nieve, de árboles en plena vegetación, de fuentes con estanque de hojadelata; aquellas tres majestades que paulatinamente, gracias á los cuidados de una mamá previsora, descien-

den á las llanuras de Judea, y atropellan, en su afán de llegar al Niño divino, que duerme entre un buey y una mula de fisonomía casi humana, manadas de pavos casi tan grandes como los camellos; lavanderas auténticas que profanan con tendederos escapados del Manzanares las sagradas orillas del Jordán; alcarreñas de rodete y saya corta, que corren presurosas en compañía de su ollita de miel; pastoras con sombrero de paja y pastores con melena, que bailan valerosamente en un oasis enarenado que surgió por milagro entre las nieves...

El Nacimiento era nuestra poesía de Navidad, todo el símbolo de nuestro espíritu nacional, que siempre á caza de bellezas, las busca hasta en lo que ignora, y con tal de que resulte un buen efecto le importa poco llevar á los umbrales del palacio de Herodes la *murça ilustrada* que en la villa y corte se encuentra siempre á las puertas de la taberna en vías de inauguración.

Es un juguete inútil, pero en cierto modo fantástico, que ayuda á soñar. . ¡y nosotros, los eternos soñadores, estimamos en tanto todo lo que nos obligue á permanecer media hora más en la región dorada!

Y sin embargo, como todos sabemos (cómo no saberlo con tantos nuncios de la mala nueva) como sabemos, sin que quede lugar á dudas, que la leyenda dorada y otra porción de cosas del mismo color han sido la causa de nuestra ruina; como sabemos también, y también sin género de duda, que la regeneración se impone, que es preciso dejar el sueño á toda costa, que hay que escuchar la voz de tantos redentores baratos que nos dicen á grito pelado: «¡Levántate y anda!», hemos buscado algo con que sustituir al clásico peñasco, y en fuerza de devanarnos los sesos hemos caído sobre una tradición del Norte, utilitaria como nacida en espíritu de gentes prácticas, y en muchas casas, y sobre todo en muchos palacios —¡la regeneración debe venir de lo alto!— ha extendido sus ramas bienhechoras el *Arbol de Navidad*.

—Esta sí que es una tradición que vale la pena de serlo—me decía un señor práctico, padre de nueve criaturas.—

¡Ahí es nada! ¡El árbol de Navidad! Quiero que mis hijos, al contemplar sus ramas, que se inclinan al peso de tantas cosas diversas, aprendan que el hombre debe ser útil para la sociedad y producir, producir sin descanso. Y luego ¡qué excelente manera de encauzar las inclinaciones nacientes de los niños! Ya verá usted: para mi Carlitos, que tiene afición decidida á la industria, he puesto en el árbol una diminuta máquina de vapor; para Enrique un *libro mayor* en miniatura; para Juanito todo un taller de carpintería; la nena encontrará un magnífico neceser de costura... ¡Oh! yo conozco á mis hijos... ya verá usted como no vacilan en la elección ni un solo instante.

¡Pobre hombre! Llegó el momento crítico, y los nueve angelitos se arrojaron con unanimidad desconsoladora sobre una trompeta con llaves y un paquete de peladillas que la mamá, ¡oh mujeres!, había introducido furtivamente entre el ramaje del árbol pedagógico.

—Pero mujer—gritaba el padre desesperado,—¿no ves que has destruído el símbolo?

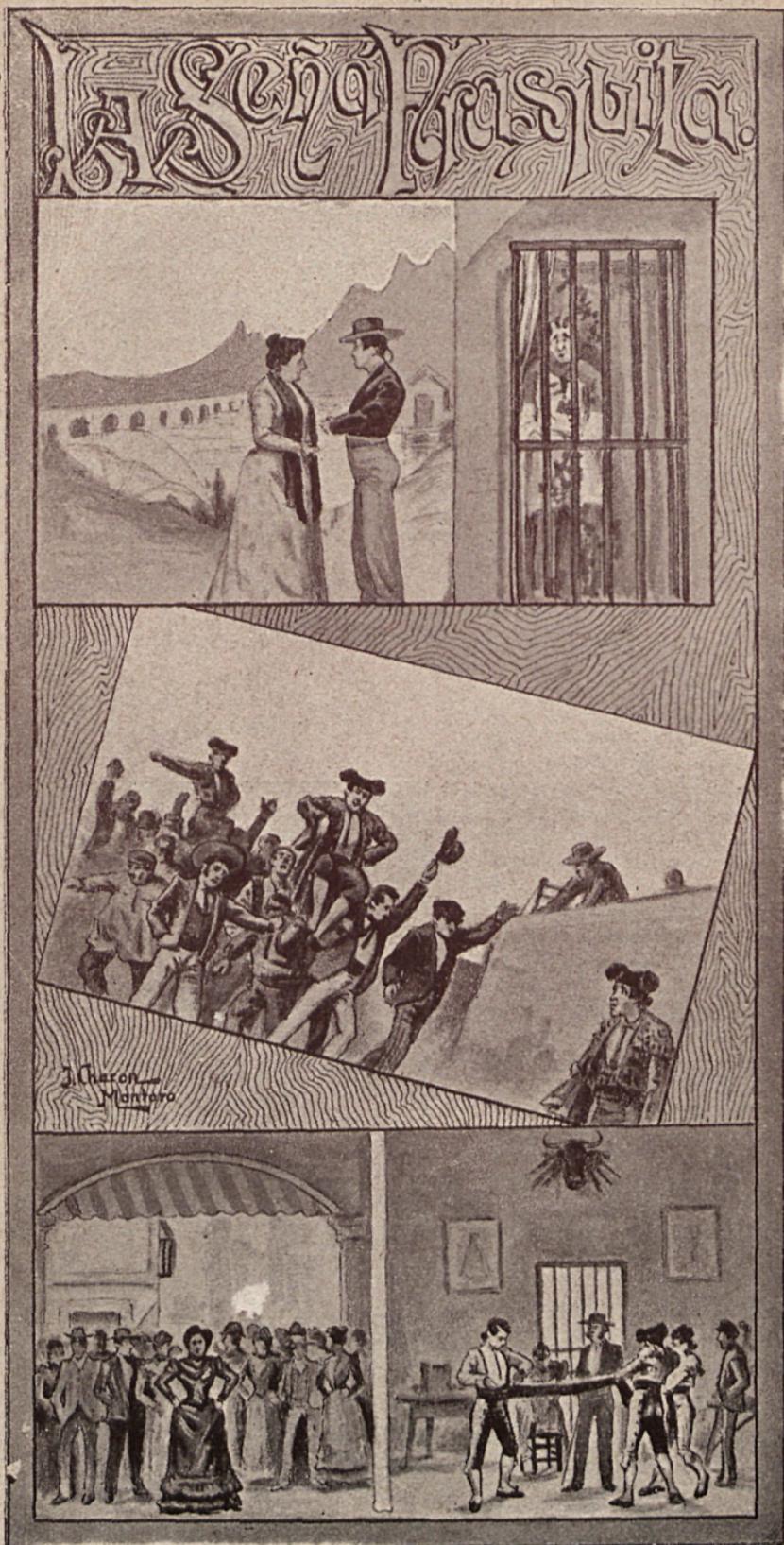
—El símbolo—replicó la esposa con desaliento—no servía de nada: tú le trajiste del extranjero, pero en cuanto llegó á España se encargaron de traducirle... y ya no hay quien le conozca.

¡LOTERÍA DE NAVIDAD! ¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



¡¡El quince mil quince!! Para dar y tomar á las chicas bonitas.

TEARO DE APOLO



Letra de los Sres. Perrín y Palacios, música del eminente maestro Chapí.

El chico de la tienda de comestibles, que fué por la mañana á llevar género, exclamó al ver la novedad, hablando con la doncella:

—¡Anda, morena... y qué árbol tan bien provisto!

—Es para que los chicos lo roben esta noche—dijo ella.

Y contestó él en un arranque de sinceridad española:

—Ni que fuera el presupuesto...

¡Decididamente este país es incorregible!

G. MARTINEZ SIERRA

Nuestro número almanaque.

1900

Dentro de pocos días se pondrá á la venta el Album del año de INSTANTÁNEAS, que será un verdadero acontecimiento literario y artístico.

Nuestro número almanaque irá tirado á todo lujo en papel couché y constará de más de 30 páginas, iluminadas por los artistas más notables.

La portada y varias láminas del Album del año de INSTANTÁNEAS irán tiradas en tricolor, y las demás páginas impresas con tintas de varios colores.

La parte literaria de nuestro Album del año no desmerecerá de la artística. En ella colaboran todas las primeras actrices de los teatros de Madrid y los literatos y hombres de ciencia más distinguidos, han hecho preciosos artículos y poesías para este número.

Apesar de los grandes desembolsos y sacrificios que ha hecho la empresa de INSTANTÁNEAS para confeccionar este Almanaque, que seguramente merecerá la atención del público, y como no se propone ningún fin lucrativo y sólo aspira á complacer á los lectores, el Album del año de INSTANTÁNEAS no costará más que

UNA PESETA

Como son muy numerosos los pedidos que nos han hecho de este número, rogamos á nuestros corresponsales y vendedores que determinen cuanto antes el número de ejemplares que desean se les remita, antes de que nos veamos obligados á no servir los pedidos por falta de ejemplares.

La cena de don Lino.

Al llegar esa noche
 todos los años,
 por la sopa de almendra
 siempre hay escándalo
 en casa de don Lino;
 porque es el caso
 que á él le gusta esa sopa
 de un modo bárbaro;
 pero no puede verla
 su esposa y, claro,
 la hace siempre de prisa,
 mal y bufando.

¡Siempre ocurre lo mismo!...

Sin altercados
 consume la familia
 todos los platos,
 pero al llegar la sopa
 de almendra, ¡vamos,
 aquello es un infierno!;
 ruedan los vasos,
 lloran los chicos, bufa
 furioso el gato
 y al terminar la cena
 todos los años,
 al marido se le oye
 decir, gritando:

—¡Vaya una sopa!—y á ella:

—¡Vaya un sopapo!

JOSÉ RODAO

¡LOTERÍA DE NAVIDAD!

¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



¡Rediez!, siete céntimos que mi ha descontar por cabo Pérez pa juzgar con el batallón.



PORTUGAL: Puerto de Leirécoés.

Inst. de J. C. de Almeida.

COPLAS DE NOCHEBUENA

En una mujer sin mancha
tomó Dios humano ser,
pues debía la Pureza
de entre pureza nacer.

Las aguas en que la Virgen
aclaraba los pañales,
producían á su paso
magnolias y nenúfares.

¡Hosanna!, cantad. ¡Hosanna!
que el Niño que está en Belén;
el reinado de la paz
nos ha venido á traer.

Si la paz que Jesús trajo
en el mundo no domina,
es por causa de que muchos
falsifican su doctrina.

Anda, ve y dile á tu madre
que esta noche no haga cena,
que esta noche es noche de irse
á cenar á la taberna.

Anda, ve y dile á tu padre,
que esta noche es *Noche-Buena*,
y es noche de estar en casa
y no de irse á la taberna.

Entre mi padre y mi madre
nos quedaremos sin cena,
y armarán el gran *belén*

que arman siempre en Noche-Puena.

En los labios de Jesús
libaron unas abejas,
y se subieron al cielo
á elaborar su colmena.

No quedaba ni un besugo
en toito alrededor;
pero traigo una *merluza*
de las de marca mayor.

Mira tú si fué prodigio
el que esta noche ocurrió:
á punto de dar las doce
lució para el mundo el Sol.

No pienso ver el belén
que expuesto en tu casa esté;
pues yo no quiero belenes
por lo que pueda tronar.

No toquéis más la zambomba,
no batáis más el tambor,
que si alguno pide abrigo
no llegará aquí su voz.

No cantéis más villancicos,
los instrumentos dejad,
que Jesús se está durmiendo
y le váis á despertar.

M. MARZAL Y MESTRE.

Llevar la cruz.

(CUENTO)

Acompañada de su marido, la ví ayer paseando por Recoletos. Hacía mucho tiempo que no la veía, y confieso que ya no me acordaba de ella, cuando su presencia volvió á evocar en mí remembranzas de otros tiempos.

Aquella mujer, Luisa, había sido uno de mis primeros amores; yo había sido para ella el amor primero. Crisálida, próxima á convertirse en mariposa, capullo de una flor pronta á abrirse, aquella niña iba transformándose en mujer cuando yo la conocí, y en esta metamorfosis aparecía la muchacha con toda la esplendidez de su belleza.

Nos amábamos con esa cándida sencillez propia de los pocos años, y nutridos nuestros espíritus con los cuentos de hadas y las novelas románticas, tengo á buen seguro que, sin darnos cuenta, nos creíamos, ella, una enamorada mezela abigarrada de Isolda y Virginia, y yo un Romeo, capaz de dejar tamañito, si hubiera hecho falta, al propio caballero del Cisne.

¿Cuánto duraron aquellas relaciones? Imposible nos sería, ni á ella ni á mí, determinar: sólo sé que el tiempo transcurría veloz, que yo terminaba mi carrera y que Luisa era ya una mujer encantadora. Por aquel entonces Luisa fué presentada en la alta sociedad, y su aparición en los salones fué acogida con murmullos de admiración á su belleza.

Una noche, Luisa ya no se acordará, celebrábanse con un baile los cumpleaños de la marquesa del Álamo. Apenas si podía darse un paso por el amplio salón; las luces, multiplicándose en los espejos, iban á chocar sobre las joyas que adornaban escotes y gargantas; la música dejaba oír las cadenciosas notas de un vals, amortiguadas por los tapices, y la atmósfera tibia y perfumada iba haciéndose caliginosa y molesta.

Bailábase; la gente joven nos habíamos lanzado con verdadero frenesí al baile, y en aquel confuso torbellino en que la seda crugía y los pies estaban á punto de resbalar sobre la alfombra, Luisa, con su sencillo traje blanco, adornado de flores, descollaba entre todas aquellas señoras por su juventud y su belleza, como una virginal aparición.

De pronto mis ojos, que no se habían apartado de ella ni un momento, observaron que una rosa desprendida de su traje estaba á punto de ser pisada por los que bailaban.

Me lancé sobre la flor y, tomándola del suelo, la coloqué en la solapa de mi frac. ¡Qué neciamente me creí dichoso aquella noche y con qué orgullo más estólido me paseé por los salones ostentando la mustia florecilla!

Un mes después tuve precisión de hacer un viaje á Valencia con objeto de arreglar asuntos de familia, y allá fuí llevándome en la cartera, junto á unos cuantos billetes de Banco, la marchitada flor. De este modo, iba ya relacionando mi amor romántico con los positivismos de la vida.

Lo mismo iba ella haciendo. Cuando regresé de mi viaje, nuestras rela-

¡LOTERÍA DE NAVIDAD!
¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



—¡Ay! me jugaba hasta la camisa,
si la tuviera.... pero por algo caliente.



Barcelona antigua.

Inst. de L. Calderón.

ciones se habían enfiado, y poco después dábamos al olvido nuestros amores.

Después, supe que Luisa había quedado huérfana, que derrochaba en locos caprichos la fortuna que había heredado de sus padres, y que rodaba por esa pendiente al fin de la cual tan sólo existe el lodo que salpica la frente y atrofia el corazón.

Más tarde supe que Luisa habíase casado, y por cierto con un joven apuesto y elegante. «¡Rarezas del amor!»— pensé, pero últimamente han llegado á mis oídos tales historias, que ayer cuando encontré al matrimonio en Recoletos y observé que el esposo llevaba en el ojal de la levita la insignia de una condecoración, no pude menos de acordarme de aquella florecilla que yo me coloqué una noche en el frac, y exclamé tristemente, recordando la amistad de Luisa con cierto personaje:

—Mi marchitada flor vale más que tu cruz, y á buen seguro ¡que me ha costado menos!...

P. GÓMEZ CANDELA

La eterna historia.

Quedóse en el campo lucida mesnada
batiendo á los moros del reino andaluz;
el conde regresa pensando en su amada,
vestido de acero y al pecho la cruz.

Por Dios y su patria, sediento de gloria,
partió de sus lares dejando á Madrid,
y en lucha sangrienta logró la victoria;
mas nunca le vieron terciar en la lid.

El rey de Castilla, por premio al valiente
que aquella comarca llegó á someter,
otórgala en feudo que aumenta la gente
del noble, y aumenta su orgullo y poder.

De haciendas y vidas el rey le hace dueño.
Cegado por necia feroz vanidad
no piensa el magnate: yo exploto al pequeño,
y en esto se funda mi notoriedad.

No temas, humilde, morir ignorado
ni vayas de honores y glorias en pos,
que todo es mentira... y el premio ganado
lo da la suprema justicia de Dios.

ALBERTO LOZANO

El delito de Manolo.

(CUENTO)

Quebrantando, sin vacilar ni un minuto, la consigna del criado que había salido á abrirle, Manolo, el empleadito del *Continental*, se había lanzado en la exploración de las habitaciones que vió enfrente de sí, en lugar de aguardar en el recibimiento la respuesta de la carta que había llevado. Pero, en contra de lo que pudieron opinar sus compañeros y todas las personas que le conocían, lo cierto es que para nada absolutamente habían intervenido en aquella arriesgada aventura la natural audacia y la travesura del muchacho.

Otros habían sido los responsables. El primero lo fué el tunante del frío, que no contento con perseguirle sin descanso durante el día entero, llevándole al trote de un lado para otro, se coló detrás de él por la puerta de aquella casa, posesionándose del recibimiento. Y el segundo culpable, si á la generosidad cabe darle ese nombre, fué el ambiente de las estancias interiores, que, compadecido del chico, le recogió en una oleada piadosa y lo arrancó suavemente de las garras del frío.

Lo que ocurrió después es muy fácil de comprender.

Merced al halago del *confort*, la parte física del muchacho, á medida que empezó á sentirse vigorizada, no sólo dejó anuladas con su predominio brutal las facultades intelectuales, sino que le hizo pasar rápidamente de la gratitud que bendice el beneficio recibido al egoísmo que adivina mayores dones tras del primero que obtiene.

No contento, pues, Manolo en la primera habitación, sino antes bien instigado por la seguridad de que en la siguiente hallaría doble cantidad de agrado, pasó á la segunda.

Confirmadas en esta sus sospechas, no detuvo ya sus pasos.

Quedó al fin enteramente dominado por la magia de aquella atmósfera, entregado en absoluto á buscar sus más recónditos de'eites.

Jamás se había visto él en situación parecida.

A decir verdad, ninguno de los objetos que contenían aquellas habitaciones, ni aún el conjunto de ellos, sugeríanle una idea clara y precisa que pudiera expresar; pero de todos emanaba una caricia placentera é inefable que iba saboreando su espíritu en dosis proporcionadas al calor que recibían sus miembros helados.

Más que verlo, lo disfrutaba con dulce y vaga inconsciencia.

Llegaba todo hasta su alma como un inmenso *mimo* que la riqueza le dedicaba; á él, que no había recibido nunca más que los malos tratos de la miseria. Pero la visión exacta de esta realidad confundíase y hermanábase en su cabecita con las últimas reminiscencias de un ensueño, que había él tenido una de aquellas noches de Navidad y en virtud del cual fué, durante algunas horas, dueño de la lámpara maravillosa de Aladino, bajo cuya influencia surgieron ante sus ojos las hadas

¡LOTERÍA DE NAVIDAD!

¿QUÉ JUEGAN USTEDES?



—¿Jugar yo? ¡¡¡En el nombre del padre!!!